
Manual para viajeros por
España y lectores en casa

Observaciones generales

Richard Ford



BIBLIOTECA TURNER

Portadilla

Créditos

“Un trabajo de amor”, por Lily Ford

Breve historia del Manual para Viajeros por España de Richard Ford, por Ian Robertson

Observaciones generales

Prefacio

Panorama de España

El dinero español

Pasaportes

Carreteras

Modos de viajar y de correspondencia en España.
Correos

Viajes con caballos de posta

Correo montado

Vehículos públicos en España. El correo. Diligencias

Paradores. La fonda. La posada. La venta

Viajes en calesa

[Ladrones y precauciones a tomar contra ellos](#)

[Viajes con muleros](#)

[Viajes a caballo](#)

[Caballos españoles. Consejos para los viajes a caballo](#)

[Criados españoles. Mozo de caballos. Ayuda de cámara. Cocinero. El menú del viajero](#)

[Barcos de vapor a Gibraltar](#)

[Lo que conviene observar en España](#)

[El idioma español](#)

[La geografía de España](#)

[Giras](#)

[Términos eclesiásticos y arquitectónicos](#)

[Cronología: la Era. Reyes de España, soberanos contemporáneos y armas reales](#)

[Autoridades citadas](#)

[Tabla de conversiones](#)

[Fotografías](#)

[Sobre la obra](#)

Manual para viajeros por España y lectores en casa

*sobre el país y sus ciudades, costumbres de sus habitantes;
su religión y sus leyendas, las bellas artes, la literatura,
los deportes, la gastronomía y diversas noticias sobre su historia*

Observaciones generales

Richard Ford

TRADUCCIÓN DE JESÚS PARDO

BIBLIOTECA TURNER



Título original: *A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home /Preliminary Remarks*

Copyright © 2008, Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

© “Un trabajo de amor”, Lily Ford, 2008

© “Breve historia del *Manual para viajeros por España* de Richard Ford”, Ian Robertson, 2008 (De su traducción, Antonio J. Iriarte, 2008)

Diseño de colección: The Studio of Fernando Gutiérrez

Compaginación y corrección: EB8

Ilustración de cubierta: Mapa de España, 1846

Las imágenes de este libro han sido reproducidas con el amable permiso de Francis Ford, excepto las imágenes 6 y 6a, 13, 13a, 13b y 13c, 14 y 16, cedidas por Ian Robertson.

ISBN EPUB: 978-84-15427-09-4

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

UN TRABAJO DE AMOR

Lily Ford

Al entregar el primer manuscrito de su *Manual*, Richard Ford declaró que había sido “un trabajo de amor”. Tras una estancia de tres años en el país y una afición por las *rerum hispaniae* de varias décadas, podría haber seguido escribiendo sus comentarios infinitamente. La suya es una visión muy particular del país, en una época algo tumultuosa, que Ford retrata con humor, admiración y, a veces, desesperación. Sus observaciones, sin embargo, suelen ser acertadas, y hechas siempre con cariño. No cabe la menor duda de que España fue objeto de una fascinación de por vida para este caballero tan inglés. A nosotros, sus descendientes, que conservamos un gran aprecio por “las cosas de España”, nos complace mucho la publicación por fin de una versión completa del *Manual* en español. Es nuestra esperanza que, al recorrer estos volúmenes, tal como él recorrió las provincias en su “jaca cordobesa”, los lectores españoles encuentren el mismo placer y entretenimiento que nosotros en la enérgica prosa de Ford.

Lily Ford es cuadrinieta de Richard Ford

BREVE HISTORIA DEL *MANUAL PARA VIAJEROS POR ESPAÑA* DE RICHARD FORD

Ian Robertson

El Manual para viajeros por España de Richard Ford se publicó por primera vez en 1845. Desde entonces, ningún otro libro ha ejercido una influencia comparable a la de esta obra prodigiosa en lo que hace a la percepción, por el viajero culto inglés, del país al que ha quedado indisolublemente asociado el nombre de Ford. Sin embargo, hasta la publicación a principios de la década de 1920 de *Las cosas de España*, traducción de Enrique de Mesa de *Gatherings from Spain*, la colección de ensayos entresacados por el propio autor del *Manual*, a Ford no lo conocían en España sino unos pocos afortunados. La mayoría de los españoles aún tardarían en saber del *Manual*, que no sería publicado, y solo de forma parcial (a falta de las partes dedicadas a tres grandes provincias), hasta medio siglo más tarde, en la admirable traducción de Jesús Pardo. La presente edición, publicada con ocasión del sesquicentenario de la muerte del autor, el 31 de agosto de 1858, es de hecho la primera íntegra en castellano de esta inimitable obra maestra.

“Nunca antes se había presentado una proeza literaria tan grande bajo una denominación tan modesta”, comentó sir William Stirling acerca del *Manual* en su necrológica de Ford: “Ocupó de inmediato un lugar merecido” – seguía– “entre los mejores libros de viajes, humor e historia –literaria, política y artística– de la lengua inglesa”, y así sigue considerándolo hoy día el lector exigente. En verdad, el tiempo en modo alguno ha debilitado el vigor del atractivo estilo de Ford, ni amortiguado la chispeante perspicacia de sus apreciaciones críticas que, como los propios españoles serían los primeros en admitir, siguen siendo hoy en muchos casos tan acertadas como cuando se pusieron por primera vez por escrito.

Hijo primogénito del distinguido magistrado sir Richard Ford, mejor conocido acaso como el creador de la policía montada de Londres, Richard Ford nació en Sloane Street, Chelsea, el 21 de abril de 1796. Su madre, lady

Ford, cuyo padre había sido administrador de la East India Company, era una artista aficionada de cierto talento, y enviudó en 1806. El joven Richard sobrellevó todos los rigores de la acostumbrada educación en Winchester y Trinity College, Oxford, antes de estudiar Derecho; pero, aunque se licenció como abogado, nunca llegó a ejercer: sus intereses eran de orden estético más que legal. De gustos refinados y con medios de fortuna propios, entre 1815 y 1822 hizo varios viajes por Europa, durante los cuales empezó a coleccionar grabados y obras de arte. En 1824, se casó con Harriet Capel, hija natural –y única– de George, quinto conde de Essex, quien fuera amigo de su padre.^[1]

En octubre de 1830, Ford y su incipiente familia zarparon hacia Andalucía, con la esperanza de que su clima menos riguroso propiciase la mejoría del delicado estado de salud de su esposa. Pasaron los siguientes tres inviernos en Sevilla, y los correspondientes veranos en Granada, antes de regresar a Inglaterra en octubre de 1833. Durante sus tres años en España, Ford hizo numerosas excursiones por toda Andalucía, y llevó a cabo tres expediciones exploratorias más extensas. En la primera de ellas siguió la carretera a Madrid a través de La Mancha, y regresó vía Talavera, Mérida y Badajoz.^[2] En la capital, Ford solía alojarse en casa de su amigo de toda la vida Henry Unwin Addington, por entonces enviado plenipotenciario británico en Madrid. Pasó así muchas horas felices admirando, entre otras obras maestras del Museo del Prado, los cuadros de Velázquez, “en toda su proteica variedad”, que nunca dejaron de reclamar toda su atención. Por descontado, hizo excursiones a Toledo, Segovia y a El Escorial.

En el otoño de 1831, Ford y su mujer viajaron de Granada a Valencia para desde allí subir en diligencia bordeando el litoral hasta Barcelona, y luego visitar Zaragoza y Madrid en el viaje de regreso. En mayo del año siguiente, Ford se dirigió a caballo hacia el norte, vía Río Tinto y Mérida, para ver el puente romano de Alcántara. Desde Plasencia, después de desviarse por Yuste, su ruta siguió por Ciudad Rodrigo, Salamanca, Santiago de Compostela, Oviedo y León, y de allí a Valladolid. No puede sorprender que dijera que una expedición a caballo por España resultaba, para un civil, “casi el equivalente a servir una campaña”. A continuación se dirigió en diligencia a Bilbao, por Burgos y Vitoria, y de vuelta a Sevilla, vía Madrid. Siempre que le era posible, su curiosidad llevaba a Ford a visitar, para poder luego

describirlos en detalle, los escenarios de las batallas de la Guerra de la Independencia, libradas apenas treinta años antes, y cuyo recuerdo aún seguía vivo en la mente de muchos de sus contemporáneos, hubiesen tomado parte o no en esa larga contienda. Durante estos largos recorridos, Ford tomaba nota de todo lo que veía y oía en una serie de cuadernos, que llenó con descripciones de los monumentos y obras de arte que más le habían llamado la atención, y que más tarde le resultarían de inestimable ayuda. También era un consumado artista aficionado, como su esposa Harriet, y durante su estancia en España realizó más de quinientos bocetos y acuarelas, varios de ellos durante estas expediciones, aunque la mayor parte los dibujó mientras residía en Granada y Sevilla.^[3]

A principios de 1834, Ford y Harriet se separaron en términos amistosos y él se instaló en Exeter (Devonshire), antes de comprar en el pueblo adyacente de Heavitree una casa que habría de albergar la valiosa colección de libros españoles que había iniciado en España, junto con unos cuantos lienzos que también había adquirido allí. Entre estos había obras de Murillo, Ribalta y Zurbarán, aunque vendería varios más adelante, observando que “el placer se halla en la adquisición, no en la posesión”. Ford le daba vueltas a la idea de escribir un libro acerca de su estancia en España. Como él mismo admitió: “Me entretengo mucho con mis libros españoles antiguos, y mis viejos recuerdos de España, y siempre tengo la pluma a mano”. Si bien su intención era elaborar “una especie de *puchero*, una *olla andaluza*” que describiera sin tapujos los aspectos del país que había podido observar en persona –sin el lastre actual de lo políticamente correcto, que Ford hubiera considerado pura hipocresía–, no había previsto la reacción que suscitaron sus primeros borradores. Así, en respuesta a las críticas de Addington, comentó: “Su carta ha hecho que me quede sin aliento en el pecho, sin tinta en la pluma, sin pluma en la mano”. Ford adujo, para excusar su franqueza: “Tenía la impresión de resultar ante todo amigo de los españoles. No creo que sean valientes ni románticos, pero sí que poseen muchas cualidades más que excelentes, y las hubiera alabado convenientemente todas ellas...”; y añadió: “Quiero escribir un libro entretenido, que instruya, y por encima de todo, que sea caballeroso”. Dejando el proyecto de lado por el momento, Ford buscó desahogo a su entusiasmo en el trazado de su jardín y la erección de un pabellón de verano de estilo morisco en Heavitree, tras lo cual volvió a

su escritorio para enfrascarse en la redacción de los primeros artículos de la cincuentena de importantes ensayos y reseñas de libros, predominantemente de asunto español, que iría publicando a lo largo de las siguientes décadas, la mayoría en el *Quarterly Review* de John Murray. Entre estos se hallaba *An Historical Enquiry into the Unchangeable Character of a War in Spain*,^[4] un enérgico panfleto de setenta y seis páginas que supuso añadir leña tory a la hoguera de la polémica, que por entonces causaba furor, sobre la intervención británica en la Primera Guerra Carlista. Al año siguiente, la publicación de su extensa reseña de *Excursions in the Mountains of Ronda and Granada* de Rochfort Scott asentó la creciente reputación de Ford como experto conocedor de España.^[5] En el otoño de 1839, Murray le pidió consejo sobre a quién encomendarle la elaboración de un *Hand-Book for Spain* destinado a la incipiente colección de guías de bolsillo que había lanzado, escritas y editadas por su hijo, John Murray III. Ford no pudo evitar tragarse el anzuelo y, medio en broma, declaró que la escribiría él mismo, para luego no volver a pensar en el asunto hasta que recibió el encargo en firme.

Entretanto, Harriet, que nunca había gozado de buena salud, había muerto de forma repentina en Londres en mayo de 1837, dejándole a Ford el cuidado de criar a sus tres hijos, dos niñas y un muchacho. En febrero de 1838, Ford contrajo segundas nupcias con la honorable Elizabeth Cranstoun, quien resultaría una madrastra cariñosa para sus hijos, además de darle otra hija en 1840.

En septiembre de 1840, de regreso de un largo viaje por Europa, Ford le confirmó por carta a Addington que se había comprometido formalmente a escribir el *Manual*, pero no fue hasta noviembre, ya en Heavitree, cuando se puso por fin a ello, y aun así de forma esporádica, ya que las interrupciones eran frecuentes. Entre estas, las visitas de Pascual de Gayangos, “hispanista y arabista de primera fila”, con quien Ford tuvo trato muchos años, y George Borrow (“Mi estimado Don Jorge”), que se había dirigido inicialmente a John Murray para ver la posibilidad de que publicara su *The Zincali: or, An Account of the Gypsies of Spain*, libro que el reticente editor había acabado por someter al juicio de Ford. Gracias en buena medida al consejo y constantes ánimos de Ford, Borrow se puso a trabajar en serio en su *The Bible in Spain*.^[6] Es posible que fuera el darse cuenta de la calidad de la obra

de Borrow lo que le infundiera renovados bríos a Ford, incitándolo a escribir una guía más ambiciosa, más amplia y detallada de lo que había previsto en un principio; al fin y al cabo, “había recorrido los mismos caminos, pero sin los folletos...”.^[7] Los dos libros de Borrow merecieron elogiosas reseñas de Ford, cuyo contagioso entusiasmo es bien evidente en ellas. Los dos autores tenían en común muchas experiencias en España, donde “incluso en las circunstancias más favorables el caminante debe ir armado como si fuera de campaña”, donde “la zamarra y la badana resisten a unas zarzas que desgarrarían sotana y manguitos”.^[8] Ford animó insistentemente a Borrow a escribir su autobiografía, pero este era un personaje complejo, temperamental y susceptible, y muy de albergar resentimientos; para 1851, fecha de la publicación tardía de *Lavengro*, que decepcionó a la crítica y que Ford no se molestó en reseñar, la amistad entre los dos se había enfriado.

Aunque Ford había estimado que sólo le tomaría seis meses completar el *Manual*, la enorme tarea le exigiría a la postre mucho más tiempo. Como era por entonces práctica habitual, Ford fue recibiendo regularmente galeradas para su revisión y corrección, en un laborioso proceso que se convertiría en parte inexcusable de su vida durante varios años. En abril de 1841, informando del progreso de la obra a Addington, a quien le había estado enviando borradores de los temperamentales ensayos introductorios, Ford le explicó que la idea de estos se le había ocurrido sobre la marcha: “Me parece que el viajero alojado en una venta me agradecerá algo de lectura entretenida [...] y espero ofrecerle un atisbo veraz de las costumbres españolas”. En noviembre siguiente, Ford escribía que “pensaba sacar el primer volumen, el preliminar y más difícil, para principios de primavera [...] El siguiente volumen será más mecánico y prosaico, que es lo que quiere Murray; y más tonto soy yo por tomarme tanto trabajo. He estado echando perlas en forma de artículos al pesebre que viene a ser una guía. Sin embargo, habrá buenas cosas en ella”. El progreso fue lento, pero, para finales de febrero de 1843, Ford prácticamente había concluido lo que llamaba “mi pasatiempo personal, y he rellenado un almiar de resmas hablando del pasado y presente de España: antigüedades, arte, historia, costumbres, paisajes, batallas, qué sé yo. Ahora viene lo difícil: podar todo lo bueno y hervir el resto a fuego lento hasta que quede reducido a una hoja de ruta”. Ford siguió acortando y enmendando su texto a lo largo de los siguientes

meses, y no fue hasta mediados de octubre cuando, tras mucho “hervir y volver a hervir a fuego lento”, anunció que había “dividido en secciones y rutas, y paginado” el *Manual*, declarando confiadamente que la impresión empezaría en cuanto entregara el original. El parto lo había dejado exhausto. Aunque había resultado “un enorme placer, una gran ocupación”, la tarea de recopilación había resultado casi en exceso rigurosa, pues –como se lamentó a Addington– “la mente no debería estar nunca sometida a un esfuerzo perpetuo”, a lo que añadió: “Por fortuna no hay ningún San Yuste [*sic*] en esta tierra protestante, o [...] podría sentir la tentación de hacerme ermitaño y dedicarme a pasar las cuentas del rosario”. Con todo, en mayo de 1844 Ford estaba en condiciones de anunciar que el *Manual* se hallaba imprimiéndose, e iba por la página 264; sin embargo, la costumbre tan española del “vuelva usted mañana” parecía haber arraigado en las oficinas de Murray en Albemarle Street. Aunque en septiembre aún seguían llegándole galeradas a Addington para su atento examen, complejas razones explicaban la demora. Por lo que se refería al joven Murray, la dilación obedecía no sólo al reciente fallecimiento de su padre, sino a su preocupación cada vez mayor por la extensión del libro, que además a duras penas respondía a sus expectativas: era demasiado divagador y porfiado, y contenía demasiadas críticas en exceso mordaces, que podrían herir las susceptibilidades españolas, aunque no fuera esa su intención. Ford argumentó que, en la misma medida en que España resultaba una anomalía, el *Manual*, como reflejo de ella, debía por fuerza apartarse algún tanto de las demás guías. Así, por ejemplo, en lo concerniente a sus descripciones de los hechos de la Guerra de la Independencia española –uno de los aspectos de mayor interés para los ingleses que por entonces visitaban el país–, insistió en que era necesario contarles “la verdad, y lo que dice el Duque [...] porque los libros franceses y españoles están repletos de embustes tremendos”. Tras largas discusiones, y aunque ya se habían impreso 768 páginas, Ford acabó plegándose al punto de vista de sus asesores, y aceptó que se destruyera prácticamente toda la tirada, una operación financieramente muy onerosa, puesto que el coste, que él sufragó, ascendió a quinientas noventa libras, y absorbió todos los derechos que Ford hubiera percibido por la venta de la edición. Pero, como el autor escribió en uno de los escasos ejemplares supervivientes de esta edición “cancelada”, que obsequió a un amigo íntimo, si hubo que suprimirla fue porque “ciertas verdades se decían con excesiva

crudeza y pudieran haber ofendido a los españoles y franceses. No es que la obra hubiera sido concebida para ellos, ni que diera satisfacción a unos o a otros después de ser suavizada”.^[9]

Tras llevar a cabo numerosos cambios, tarea de por sí mortificante, Ford se encontró al fin “trabajando como un forzado en el índice, que es tarea terriblemente pesada, pero que nadie puede hacer mejor que el autor”. Finalmente, el 18 de julio de 1845 se ponía en venta el *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, 1.064 páginas en dos gruesos volúmenes en octavo, causando de inmediato toda una sensación. En cosa de días, Ford era la comidilla de todos los salones, como autor perspicaz y lúcido de la descripción más completa y fidedigna de España jamás publicada, y que además difícilmente podría ser superada algún día. Tanto el autor como el editor tuvieron pronto razones sobradas para estar satisfechos de la acogida y venta de la obra: el día de su publicación se vendieron seiscientos ejemplares y, a finales de año, a Murray sólo le quedaban en almacén doscientos de los dos mil de la tirada, y ello a pesar del precio de venta relativamente elevado de treinta chelines, que, junto a la extensión de la obra, limitaban un tanto sus posibilidades de venta general.

La única decepción seria que tuvo Ford resultó de la aparente incapacidad de Borrow para redactar una reseña adecuada. La que sometió al *Quarterly* no era sino una diatriba irrelevante contra España en general, y fue rechazada por el editor con toda razón, aun cuando Borrow reconociera en ella que el *Manual* era una “obra de primerísimo orden”, manifestara su aprecio por la “férrea voluntad” necesaria para llevar a cabo la tarea, y elogiase el estilo “ágil y cautivador” de Ford.^[10]

Al poco tiempo, Murray proponía una segunda edición, pero estipulaba que habría que reducir la obra a un solo volumen, como los demás de la colección. Tras un intenso intercambio epistolar, y varias discusiones acerca de otras posibles opciones, se llegó al acuerdo de eliminar muchas de las secciones preliminares de naturaleza no topográfica, que constituirían la base de un volumen independiente de ensayos que, con la adición de material nuevo, debería venderse bien. La recopilación resultante, *Gatherings from Spain*, apareció en los últimos días de 1846 en la colección “The Home and Colonial Library” de Murray. Como apuntaba Ford en el

prefacio, podría ofrecer “unas cuantas horas de esparcimiento, y acaso también de instrucción, a quienes se quedaran en casa”.^[11]

La segunda edición del *Manual*, abreviada aunque aún con cerca de setecientas páginas, se aproximaba más a lo que quería Murray, al resultar “más conveniente para su transporte y consulta durante el viaje que dos tomos”, y apareció el año siguiente. Como observara Ford, “la literatura ha de correr pareja con los medios de locomoción, y aquellos que leen al tiempo que viajan en ferrocarril necesitan que el alimento físico y espiritual les llegue en expreso, y tan condensado y portátil como la sopa”, y sin chismes políticos, ni polémicas, etc. Pero, como Ford le decía bromeando a su editor: “estoy convencido de que vendimos nuestro primer libro por cuenta precisamente de esos mismos defectos, porque eran picantes”; por consiguiente, “si el libro (2ª ed.) es aburrido y útil, ¡la culpa es en parte suya!”. A Murray debió de pasarle inadvertida una frase incluida subrepticamente en las *Observaciones preliminares*, en la que el autor afirmaba que era por “la primera edición” por la que “rogaba se le juzgase como escritor acerca de las cosas de España, pues muchas son las florecillas silvestres ibéricas que han sido arrancadas, para que a nadie le tiente salirse de la árida carretera, y aun más las ‘viejas piedras’ de la Antigüedad que se han quitado de en medio, para no obstaculizar la rápida llegada del viajero a esos lugares donde nadie lo espera, y donde la respuesta a sus peticiones de información será, reiterado como el cuco, el ‘no sé’ nacional”.

Por desgracia, la mujer de Ford, cuya salud ya venía dándole motivos de inquietud, murió de tuberculosis a los cuarenta años, en 1849. Dos años más tarde, Ford se casaba con Mary Molesworth; tenía ya cincuenta y cinco años, y ella veinte menos. Aunque la mayor parte de su tiempo juntos lo pasaron en Londres, donde Ford había heredado la casa de su madre, para 1854 estaban de vuelta en Heavitree donde, como le escribió a Addington: “Nos hemos dedicado a *ruralizar* y a rusticar desde que huimos de la irrespirable y pestífera ciudad”. A lo largo de la década anterior, en Londres como en Devonshire, rara vez había estado ociosa la pluma de Ford, produciendo un flujo constante de artículos eruditos sobre temas diversos, además de una serie de perspicaces reseñas de libros contemporáneos. Estas, en las que conseguía hacer partícipe al lector de su inmensa erudición de la forma más modesta, y con una prosa de lo más cautivadora, lo convirtieron en uno de

los críticos más eminentes de su época en un campo que había hecho suyo por derecho: es algo de lamentar, y muy inmerecido, que nadie las conozca ya hoy. Uno de los muchos turistas que siguieron sus pasos, al poner por escrito su propio viaje por España, admitió que: “Si por un casual Mr. Ford llegara a echarle un vistazo a esto, acaso se daría cuenta de que varios de los ingredientes los he sisado de su propia despensa, y probablemente los haya echado a perder en mi guiso. Cuando se tiene por compañero de viaje a un autor tan enérgico y ocurrente, no puede uno por menos que apropiarse de sus pensamientos, y ‘asimilarlos...’: no todos serían igual de honrados.

La preparación de la tercera edición del *Manual* le ocupó comparativamente menos tiempo a Ford en su última década de vida. De nuevo en dos volúmenes, se publicó por fin en julio de 1855. Ford no supo resistirse a reintroducir en su magistral obra, aunque sin mencionarlo, algunos de los pasajes suprimidos de la edición “cancelada”, además de ampliar muchas descripciones gráficas y añadir varios lugares anteriormente pasados por alto. Raras veces modera la mordacidad de sus críticas, incluso cuando se trata de información o especulaciones procedentes indirectamente de corresponsales tan fiables como Gayangos, de entre varios viajeros recientes. Aunque puede que esta edición sea su “última palabra” en la materia, es en la primera donde sus descripciones y observaciones perennemente vivas aparecen en su forma más espontánea y estimulante, si bien las dos constituyen soberbias muestras de su erudición, inimitable ingenio, y capacidad de interpretar con exactitud los muchos aspectos de un país y de un pueblo por los que tanto afecto sentía.

Pero Ford padecía una nefritis crónica, que le afectó la vista, y a finales de 1857 se quejaba de sentirse “muy cansado”. Su salud decayó de forma muy notable en julio siguiente, y el final llegó el 31 de agosto de 1858. Su sencillo funeral tuvo lugar en Heavitree, donde se grabó algo después en su lápida la inscripción RERUM HISPANIÆ INDAGATOR ACERRIMUS, como bien correspondía al más entusiasta explorador de *las cosas de España*.

William Stirling dijo de su estilo como escritor que era “como su conversación: animado, epigramático y digresivo, impregnado de pensamiento, y de humor chispeante”. Autor de rara expresividad, transportó a sus lectores contemporáneos a un mundo nuevo, confiriéndole otra dimensión a España. Como en cierta ocasión observara sobre el *Manual* lord Carnarvon, Ford “supo trasladar a sus brillantes y fidedignas páginas

esa viva apreciación tan singularmente suya de todo lo característicamente español. España vive en su libro, revestida de su inimitable y peculiar colorido”. ¡Qué satisfecho hubiera estado Ford de haber sabido que su obra maestra se publicaría algún día íntegra en español, aunque fuese de forma tardía!

La influencia del *Manual* ha sido honda. Estableció de forma definitiva numerosos aspectos de lo que había de ser una visión informada de España. Ford le dio al país otra dimensión, muy distinta del estereotipo romántico creado por Mérimée y su *Carmen*, por Dumas, Gautier, el “conformista” Washington Irving o Henry Inglis, por ejemplo. Este último es típico de esa clase de crédulos escritores de viajes que, según Ford, como las golondrinas que pasan rozando solo la superficie en busca de insectos, no ofrecían sino apuntes de la mala vida y de gente de la peor calaña, sazonados con anécdotas de carretera y noticias de postillón, dándole a España peor fama de la merecida, al hacer pasar una caricatura convencional por un retrato fiel.

Ford también ha tenido sus detractores y sus críticos, que lo han denigrado por ser tan porfiado, poniéndole reparos a su elitismo, a sus premoniciones de que la democracia rampante iba a acabar pisoteando todo lo que le era caro; pero su integridad al referir la verdad tal y como la veía nunca ha podido ser impugnada. No toleraba la menor forma de hipocresía ni pedantería, por lo que los académicos polvorientos han preferido ignorarlo, en su propio detrimento. Ha habido españoles que han considerado que sus opiniones las dictaba la envidia, que sus advertencias eran improcedentes, y gratuitos sus mordaces comentarios críticos sobre su país, y que inducían a error. Sin embargo, todos estarían de acuerdo en que, estén justificados del todo o no estos reparos, a Ford España lo cautivó de por vida. Como él mismo admitió en una carta inédita enviada desde París durante su viaje de regreso de la Península Ibérica, a la que nunca había de volver: “Siento una extraña añoranza de España. ‘Con todos sus defectos, aún la quiero”.

Murray publicó la cuarta edición del *Manual* en 1869, y la novena y última en 1898, pero estas poco tenían ya que ver con la obra de Ford: revisadas de forma drástica por una sucesión de editores que llevaron a cabo expurgaciones al por mayor y diversas “mejoras”, fueron volviéndose poco a poco cada vez más parecidas a las guías modernas, incorporando líneas férreas y planos de ciudades junto con relaciones de comercios y hoteles. Se

parecen más bien poco a la obra original por la que se hacen pasar, y difícilmente puede uno recomendarlas. Por repetir una de las tersas frases del propio Ford, son “como el Niágara filtrado a través de una bolsa de gelatina”.

Hasta 1966 no volvió a publicarse el texto de 1845, compuesto nuevamente en un cuerpo muy legible a partir del ejemplar corregido del propio Ford, en una edición en tres volúmenes a cargo de Centaur Press, que es en la que se basa esta traducción. Esta reedición propició una sucesión de artículos en español de muy variada calidad sobre Ford, además de unos cuantos estudios magistrales en inglés acerca de distintos aspectos de su vida y obra, entre los que destacan en particular los de Thomas Bean, a quien deseo agradecer de forma expresa su generosa ayuda en la elaboración de esta *Introducción*.

[1](#) Los lectores interesados en más pormenores biográficos podrán hallarlos en mi *Richard Ford 1796-1858: Hispanophile, Connoisseur and Critic* (Michael Russell, 2004), que también incluye una bibliografía de la obra de Ford.

[2](#) Véase el mapa de las pp. XIV-XV, con los distintos itinerarios de Ford por España entre 1830 y 1833.

[3](#) Véase *La Sevilla de Richard Ford, 1830-1833* (Fundación El Monte, Sevilla, 2007), catálogo notablemente bien ilustrado de la exposición de mismo nombre, que incluye diecisiete ensayos muy informativos de Thomas Bean, Ian Robertson, así como –entre los muchos contribuidores españoles– Javier Rodríguez Barberán y Antonio Giménez Cruz, y que constituye una nueva prueba de la creciente consideración en que es tenido Ford en España.

[4](#) Traducido por Antonio Giménez Cruz como *Los españoles y la guerra. Análisis histórico sobre la Primera Guerra Carlista y acerca del invariable carácter de las guerras en España*, Ediciones Tayo, 1990.

[5](#) Podrá hallarse más información sobre Rochfort Scott, y otros muchos viajeros ingleses tempranos por España, en mi libro *Los curiosos impertinentes* (Editora Nacional, 1977; nueva edición, Serbal y CSIC, 1988). Entre las principales relaciones de viajes por España traducidas al castellano desde entonces se hallan *Viaje por España en la época de Carlos III* de Townsend, traducido por Javier Portus con introducción mía (Turner, 1988); *Cartas de España*, de Jardine, traducido y prologado por José Francisco Pérez Berenguel (Universidad de Alicante, 2001); *Viajes por el sur: cartas escritas entre 1809 y 1810*, de Jacob, traducido y prologado por Rocío Plaza Orellana (Portada, 2002); y *Viaje de Londres a*

Génova, de Baretto, traducido y prologado por Soledad Martínez de Pinillos Ruiz (Reino de Redonda, 2005).

[6](#) En traducción de Manuel Azaña, *Los Zincali* (Ediciones de Nave) y *La Biblia en España* (Jiménez-Fraud) aparecieron en castellano en 1932 y 1921, respectivamente.

[7](#) Juego de palabras intraducible entre *tracks* (camino, pistas) y *tracts* (folletos, panfletos), que hace alusión al propósito evangelizador de la visita a España de Borrow, por cuenta de The Bible Society [N. del T.]

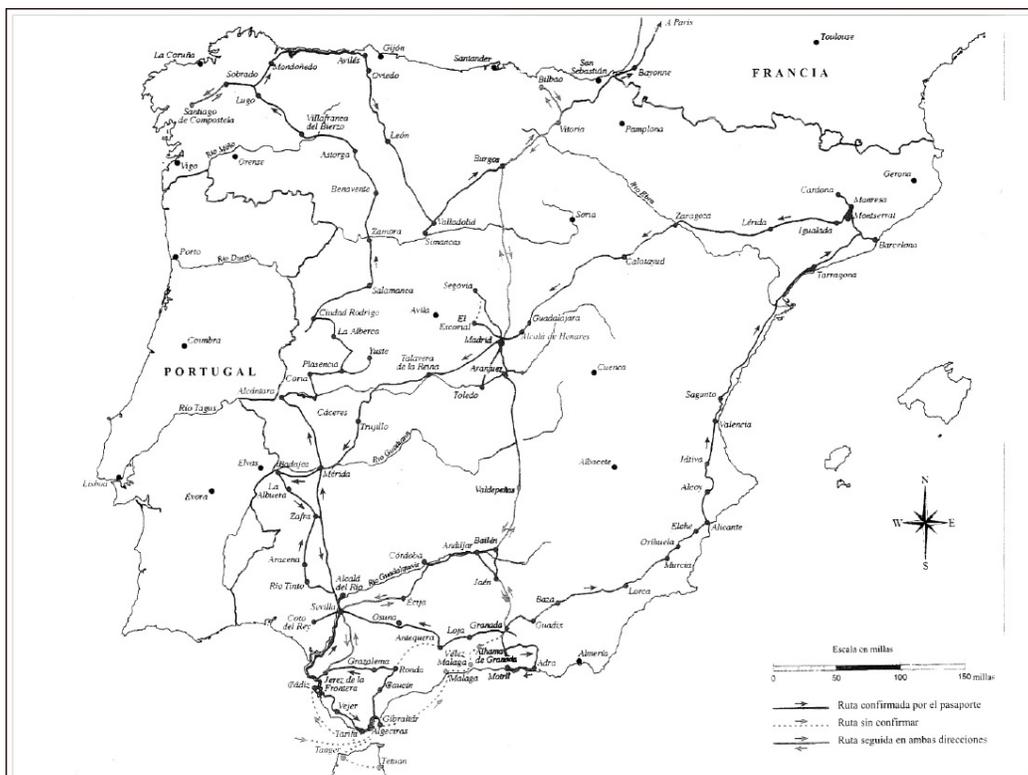
[8](#) Los manguitos de lino (*lawn*) y la sotana (*cassock*), prendas habituales de la vestimenta de los pastores protestantes aluden, de nuevo, por contraste con los atavíos del pastor, a los viajes evangelizadores de Borrow [N. del T.]

[9](#) Véase lámina 14 (p. 150). Puede consultarse una relación de variantes textuales en el estudio de Thomas Bean, *Richard Ford, A Hand-Book for Travellers in Spain: The Suppressed and 1845 Editions*, 1991, dactilografía depositada en varias bibliotecas británicas.

[10](#) Hay una buena descripción de la relación de Ford y Borrow en el estudio de Antonio Giménez Cruz *¡Cosas de los ingleses! La España vivida y soñada en la correspondencia entre George Borrow y Richard Ford* (Editorial Complutense, 1997).

[11](#) Traducido por Enrique de Mesa como *Las cosas de España* (Jiménez-Fraud, 1922), ha habido reediciones posteriores, con prólogo de Gerald Brenan (Turner, 1974) y Emilio Soler Pascual (Ediciones B, 2004). La edición inglesa más reciente, con introducción e índice anotado míos, es de 2000.

OBSERVACIONES GENERALES



Mapa de los viajes de Richard Ford por España (1830-1833)

PREFACIO

*D*e las muchas tergiversaciones de que es objeto España, pocas han circulado de manera más sistemática que la referente a los peligros y dificultades que acosan al viajero. Este país, el más romántico y característico de Europa, puede realmente visitarse a todo lo largo y ancho de su extensión con facilidad y seguridad, porque viajar por él no es peor que lo era en Francia o Italia en 1814, antes de que el ejemplo inglés fuese causa de mejoras. A pesar de todo hay una gran necesidad de un manual práctico, ya que las guías no son satisfactorias, pues pocos españoles viajan por su propio país, y menos aún son los que se arriesgan a viajar fuera de él; por ello, con escasos medios de comparación, no les es posible apreciar las diferencias ni conocer las necesidades y deseos del extranjero. En consecuencia, en sus guías, los usos, ceremonias y demás cosas que les son familiares desde la niñez se pasan por alto frecuentemente sin comentario ni mención, aunque a causa de su novedad para el extranjero sean precisamente lo que este más desea ver mencionado y explicado. Más aún, los indígenas menosprecian con frecuencia o se avergüenzan justamente de las cosas que más interesan y encantan al extranjero, a cuya curiosidad prefieren mostrar lo nuevo más bien que lo antiguo, y en particular sus pobres y pálidas copias de Europa, antes que sus interesantes y estimulantes originales. También la información oral que se consigue de la gente sobre el terreno es generalmente más escasa todavía; y como estos semiorientales desidiosos observan con envidia al forastero que mira o pregunta, tienden a responderle con recelo, evitando contestar claramente, o bien le ponen dificultades o, más aún, por tener la imaginación muy viva, lo engrandecen o em pequeñecen todo, según mejor les vaya a sus propias ideas y recelos. Las expresiones nacionales “¿quién sabe?, no se sabe”, serán con frecuencia preludeo de un “no se puede”.

Esta guía trata de mostrar lo que se puede conocer y hacer en España con la menor dificultad y el mayor grado de satisfacción posibles. Con esta intención se indican ante todo en esta introducción las diferentes maneras de viajar por tierra o mar y las precauciones necesarias que hay que tomar

para asegurarse de la comodidad y eliminar el riesgo. Las provincias se van describiendo a continuación en el cuerpo de la obra, una tras otra. Las principales líneas de carretera e intercomunicación, nombres de posadas y calidad del hospedaje en cada caso, todo ello se detalla, y se sugieren también las mejores épocas del año para explorar cada ruta. Se proponen planes de giras, tanto generales como especiales, y se detallan las mejores rutas para objetivos específicos y especificados. Se mencionan las particularidades de cada región y ciudad y se hace una breve reseña de las antigüedades locales, las cosas religiosas, el arte, el paisaje y las costumbres. De esta forma, esta obra, fruto de muchos años de vagabundeo por la Península, es un humilde intento de facilitar la mayor cantidad posible de información útil y entretenida en el menor volumen posible, tanto para el viajero en el país mismo como para el lector en Inglaterra. Las cosas que cualquiera puede ver sobre el terreno con sus propios ojos, como el paisaje, los cuadros, etcétera, raras veces se describen aquí en detalle; se da importancia, sin embargo, a lo que hay que observar, dejando que el espectador saque sus propias conclusiones; y tampoco se crea que se pueda anotar aquí todo lo que hay que ver, sino solamente lo que vale la pena ver: “*Nec omnia dicentur* –como dice Plinio (*Historia Natural*, XIV, 2)– *sed maxime insignia*”.

La filosofía de España y los españoles, y lo que se puede saber, no ver, no se ha dejado de lado en absoluto; por lo tanto, fechas, nombres, datos y todo lo demás se mencionan aquí siempre que puedan servir para estimular el interés de la localidad a que se refieran. Se trata de despertar la curiosidad, más bien que de saciarla, porque esto último requeriría muchos volúmenes como este. Pero como a falta de conocer las cosas por uno mismo, lo mejor es saber dónde se encuentran, se citan aquí los mejores autores y fuentes de más información, de los que futuros y más competentes escritores que yo, podrán sacar material con que rellenar este marco escueto, aparte de que la cita exacta de las más importantes autoridades en el momento adecuado ofrece mejor garantía de precisión que la mera afirmación sin fundamento de cualquier individuo,

En España, excepción hecha de algunas grandes ciudades, faltan notoriamente bibliotecas, periódicos, cicerones y, en general, esos recursos que tan útiles suelen ser al viajero en otros países europeos; en consecuencia, el viajero previsor debiera llevar en sus alforjas alimento para la mente tanto

como para el cuerpo, una buena provisión de algo que leer y comer en las desabastecidas ventas de esta hambrienta tierra de los desinformados. Y también, como España y los españoles son tan relativamente poco comprendidos, es preciso apartarse aquí algo de las otras guías, en las que se describen países que todos conocemos. En esta se intenta hacer un poco más que un simple libro de caminos, o una descripción de la cáscara, por así decirlo, del país. Ver las ciudades y conocer la mentalidad de la gente ha sido desde los días de la *Odisea* el objetivo del viajero, pero “¡cuán difícil es – como dijo el Duque (Parte de guerra del 13 de diciembre de 1810)– comprender exactamente a los españoles!”. Hechos de contradicciones, habitan en la tierra de lo inesperado, *le pays de l'imprévu*, donde la excepción es la regla, donde el accidente y el impulso del momento son las fuerzas motrices, y donde los hombres, sobre todo colectivamente, actúan como mujeres y niños. Una chispa, una nadería ponen en acción a las impresionantes masas, y nadie puede prever el suceso más corriente; no se piense tampoco que el español se esfuerza jamás en pensar más allá de la situación actual, o de prever lo que pueda traer consigo el mañana; eso se lo deja al extranjero, que no le comprende. “Paciencia y barajar” es su lema; y se limita a esperar pacientemente hasta ver qué pasará después de cada golpe de baraja, porque su credo y su práctica son la resignación, el Islam del oriental.

La clave con que descifrar a este singular pueblo no es ciertamente europea, ya que esta Berbería cristiana es, por lo menos, terreno neutral entre el sombrero y el turbante, y muchos afirman que África comienza ya en los Pirineos. Pero, sea ello lo que fuere, el hecho es que España, civilizada primero por los fenicios y poseída largo tiempo por los moros, ha conservado de manera indeleble sus impresiones originarias. Póngase, pues, a prueba tanto a sus indígenas como a España misma, aplicándoles un patrón oriental, y se verá cuántas cosas análogas aparecen que son extrañas y chocantes en comparación con las costumbres europeas. Esta tierra y este pueblo de rutina y costumbres están ahora como en conserva para los amantes de las antigüedades, porque aquí las costumbres paganas, romanas y orientales, pasadas ya hace largo tiempo en otros sitios, surgen a cada paso en la iglesia y en las casas particulares, en los salones y en el campo, como ya iremos indicando cuidadosamente según vaya siendo necesario.

Y además, aquí están esos mares en los que se reflejan las glorias de Drake, Rooke y Nelson, y esas llanuras santificadas por las victorias del Príncipe Negro, Stanhope y Wellington; y ¿qué peregrino inglés dejará de visitar esos lugares o se sentirá indiferente a la *religio loci* que inspiran? ¿Y dónde mejor que en esos mismos lugares se podrán leer los grandes hechos de armas de nuestros soldados y marinos, su valor y rectitud, el genio, la clemencia e integridad de sus inmortales jefes, que estarán aquí, fiel y, sin embargo, no jactanciosamente registrados?

Pero el espejo que refleja exactamente a España y sus cosas, sus glorias y sus vergüenzas tiene forzosamente que poner al descubierto una escena de contrastes en la que las sombras oscuras contrastarán con las luces brillantes, y el mal chocará con el bien; tristes, ciertamente, serán muchas páginas; ¡ay!, porque las obras de épocas de piedad, ciencia y bellas artes han sido pisoteadas por el talón vandálico de los destructores, tanto extranjeros como nacionales, que dejaron una honda huella de sus pasos y una marca que entristecerá al estudioso, al artista y al filántropo. Si, a pesar de todo, la historia inexorable prohíbe la completa ocultación de tales delitos y tales culpables, tanto más agradable ha sido el deber de insistir en los logros de habilidad y valor, señalando tantas bellezas y excelencias como hay en esta tierra tan favorecida y explayándose sobre el generoso, viril e independiente pueblo de España. Siempre se ha establecido una diferencia entre la noble y valiente nación en general y esos indignos individuos que por medio de instituciones defectuosas se han esforzado siempre en doblegar las mejores energías de su pueblo; y es que lo que les falta a los vigorosos miembros del cuerpo político de España es precisamente una cabeza.

Al presentar estas y otras *cosas de España* al lector, quisiera que alguna repetición que se halle en estas páginas de vez en cuando no sea imputada a descuido o tautología, porque lo cierto es que he suprimido material descriptivo y crítico más que suficiente para haber hecho con él otro volumen, a fin de economizar espacio, ya demasiado reducido aquí para tan vasto tema. Solo gracias a la repetición se hacen y fijan las impresiones; y como ninguna guía se lee jamás de manera seguida, es buena cosa que cada página cuente por sí sola en cierto modo su propia historia, y cuando tantos lugares distintos han sido escenario de sucesos parecidos, la narración y las deducciones tienen forzosamente que ser también similares. Con frecuencia, sin embargo, se hará alusión a temas análogos en otros lugares del libro, y la

información sobre temas determinados, deliberadamente esparcida por estas páginas, se agrupará bajo títulos concretos en el índice, al que se ruega al lector que recurra siempre que le parezca que determinadas palabras o datos necesiten explicación.

POSTSCRIPTUM (19 de julio de 1845)

Gracias a un acuerdo recién concertado se puede llegar en seis días a Madrid desde Londres; el Vapor Peninsular, desde Southampton, llega a La Coruña en unas setenta y dos horas, de donde un correo real corre a la capital en tres días y medio por Lugo y Benavente (véanse las rutas LXVII, LXXV, LXXX).

PANORAMA DE ESPAÑA

*E*l conglomerado de la monarquía de España se compone de muchas provincias diferentes, cada una de las cuales formó en otros tiempos reino aparte e independiente. Aun cuando todas ellas están ahora unidas por matrimonio, herencia, conquista y otras circunstancias bajo una sola corona, las diferencias originarias, tanto geográficas como sociales, siguen siendo prácticamente las mismas de entonces. El idioma, la ropa, costumbres y carácter local de los naturales no varían menos que el clima y los productos del suelo. El hombre, siguiendo en cierto modo el ejemplo de la naturaleza que le rodea, tiene poco en común con el habitante del distrito colindante, y estas diferencias aumentan y se perpetúan a causa de las antiguas envidias e inveterados celos que estados pequeños y contiguos suelen mantener con tan tenaz memoria. El término general y genérico de “España”, que es práctico para geógrafos y políticos, parece inventado para confundir al viajero. Nada resulta más vago e inexacto que dar por supuesta la existencia de una sola *cosa de España* o los españoles que pueda ser aplicada por igual a todas sus heterogéneas partes integrantes. Las provincias del noroeste son más lluviosas que el condado de Devon, y las llanuras centrales están más calcinadas que las de Marruecos, mientras el rudo agricultor gallego, el industrioso artesano fabril de Barcelona y el alegre y voluptuoso andaluz son tan esencialmente diferentes entre sí como los diversos tipos de una misma fiesta de disfraces. Por lo tanto, será mejor que el viajero tome cada provincia por separado y la estudie con detalle; en consecuencia, comenzaremos en cada provincia dando unas pocas observaciones preliminares en las que indicaremos esas peculiaridades, esas características sociales y naturales que pertenecen particularmente a cada comarca y la distinguen de sus vecinas. Los españoles que han escrito sobre su propia geografía y estadísticas, y de quienes cabría suponer que comprenden su propio país e instituciones mejor que nadie, han encontrado aconsejable adoptar este sistema a causa de la completa imposibilidad de tratar de España como si fuera una sola cosa. No hay un rey de España; entre la infinidad de reinos, cuya lista llena hasta desbordar los títulos reales, no se

encuentra el de España; es Rey de las Españas, no Rey de España. Las provincias de Castilla, tanto la Vieja como la Nueva, van a la cabeza de la nomenclatura nacional; de aquí que castellano sea sinónimo de español, y sobre todo de vieja, orgullosa y auténtica cepa, “castellano a las derechas”, o sea, español hasta la médula. Hablar castellano es la manera correcta de referirse al lenguaje español. España estuvo durante largo tiempo desprovista de la ventaja que da una metrópoli permanente, como Roma, París o Londres, que son capitales desde su misma fundación, y reconocidas y acatadas universalmente como tales; mientras que aquí, varias ciudades, como León, Burgos, Toledo, Sevilla, Valladolid y algunas más, se han turnado como capitales del reino y sede de la residencia real. Este cambio constante y esta preeminencia efímera han debilitado cualquier superioridad natural de una ciudad sobre las otras, siendo causa de debilidad, al fomentar rivalidades y disputas sobre preeminencia, que es una de las fuentes más fértiles de disensión en un pueblo quisquilloso. Madrid, comparada con las ciudades antes mencionadas, es ciudad moderna; tiene solamente categoría de “villa”, no de “ciudad”. Ni siquiera posee catedral. En momentos de peligro nacional, ejerce poca influencia sobre la Península; al mismo tiempo, sin embargo, por ser sede de la Corte y el gobierno, centro de padrinazgo y moda, atrae de todas las partes del país a los pretendientes y a los que quieren hacer fortuna. La capital influye por la ambición más bien que por el afecto del país en general. Los habitantes de las diferentes provincias piensan, ciertamente, que Madrid es la Corte más grande y rica del mundo, pero sus corazones siguen en sus lugares nativos. “Mi paisano”, “mi coterráneo”, no significa español, sino andaluz, catalán, según cada caso. Cuando se pregunta al español de dónde es, la respuesta será: “Soy hijo de Murcia o hijo de Granada”, etcétera. Esto es estrictamente análogo a la expresión “hijos de Israel”, los *beni* de los moros españoles, y aún hoy en día los árabes de El Cairo se llaman a sí mismos hijos de esa ciudad, *Ibn el Musr*, etcétera. Este ser de la misma provincia o ciudad crea un fuerte sentimiento de clan, una masonería; las partes se mantienen juntas como viejos condiscípulos, o como los escoceses. Se trata de un hogar y un sentimiento realmente vinculantes. Todos sus recuerdos, comparaciones y elogios giran en torno al lugar de su nacimiento; para ellos nada está a la altura de su provincia particular, que es su propia patria. La “patria”, en el sentido de España en general, es tema de declamación, de buenas palabras, palabrería,

en la que todos, como orientales, gustan de abundar, y a lo que su grandilocuente idioma se presta fácilmente. Desde el periodo más primitivo hasta nuestros días, todos los observadores se han sentido impresionados por este localismo, como ingrediente importante del carácter ibérico. Los iberos nunca quisieron unirse, “nunca –como dijo Estrabón– juntaron sus escudos”, nunca sacrificaron sus propios intereses privados y locales en pro del bien general; por el contrario, llegada la hora de la verdad, solían, como ahora, mostrar una tendencia constante a separarse en Juntas distintas, cada una de las cuales solo pensaba en sus propias opiniones, completamente indiferentes al perjuicio que de este modo causaban a lo que debiera haber sido la causa común a todos ellos. De esta manera la virilidad y la vitalidad del noble pueblo se han visto siempre neutralizadas; tienen, ciertamente, fuertes miembros y corazones honrados, pero, como en la parábola oriental, lo que falta es una cabeza que dirija y gobierne: de aquí que España sea hoy en día, como ha sido siempre, un manojo de cuerpos pequeños atados unos a otros con cuerda de arena y, por carecer de unión, carece también de fuerza, habiendo sido cada uno de ellos derrotado por separado. La expresión, muy usual, “españolismo” expresa más bien la oposición al dictado extranjero y la estima de sí mismos que tienen los españoles, *españoles sobre todos*, que un verdadero amor al país.

Sin embargo, por mucho que los indígenas de las diversas provincias de España puedan diferir entre sí, hay muchas cosas que para el inglés que viaja por la Península siguen siendo iguales en toda ella; en consecuencia, el dinero, los pasaportes, las carreteras, las oficinas de correos, los modos de viajar por tierra o por vapor, las posadas, los consejos de tipo general sobre los preparativos y las precauciones a tomar, todo ello ha de tener necesariamente preferencia en nuestra guía. Al tratar de estas cosas, cada una en su sitio, no dejaremos, siempre que la oportunidad se nos presente, de introducir observaciones, proverbios, expresiones o circunstancias conducentes a una mejor comprensión del carácter del pueblo, lo cual, después de todo, es la mejor información que cabe dar a un viajero.

EL DINERO ESPAÑOL

*E*l primer paso consiste evidentemente en seguir el consejo del *honrado Yago*: “Llena de dinero tu bolsa”; porque una bolsa vacía, como una mula coja, son compañeros miserables del peregrino, vaya a Roma o a Santiago. *Camino de Roma, ni mula coja ni bolsa floja*. El dinero es prácticamente el mismo en toda la Península; aunque en algunos lugares hay monedas locales, son de poco valor, y apenas se cruzan en el camino del viajero. No hay papel moneda; todo el dinero es metálico: oro, plata y cobre, y está en buen estado, ya que todo el sistema monetario fue renovado y simplificado por Carlos III hacia 1770. Las cuentas en España suelen hacerse en reales, reales de vellón, que valen alrededor de dos peniques y un cuarto ingleses. Son las piastras de los turcos y los sestercios de los romanos.

Monedas de cobre. La denominación más baja es el maravedí. Esta antigua moneda española, en la que solían llevarse las cuentas del gobierno, ha sufrido muchos cambios de valor, que han sido investigados por Sáez y Wyndham Beawes. Actualmente, es una moneda casi imaginaria, y catorce unidades y una fracción de ella constituyen aproximadamente un penique inglés. Las monedas de cobre españolas corrientes son:

Maravedí, de los que treinta y cuatro hacen un real.

Ochavo, igual a dos maravedís.

Cuarto, igual a cuatro maravedís.

Dos cuartos, igual a ocho maravedís.

Como regla general el viajero puede tener en cuenta que el cuarto equivale a un *sou* francés y a algo menos de nuestro medio penique inglés. Es probablemente la moneda más pequeña que se le pondrá delante. Las que son inferiores, y cuyo valor equivale a fracciones de cuartos ingleses, apenas tienen forma definida y no pueden ser explicadas aquí; entre las clases bajas cualquier pedazo de cobre en forma de moneda pasa por dinero y de esta manera, al cambiar un dólar en calderilla, a modo de experimento, pudimos comprobar en los años últimos del reinado de Fernando VII que, entre las numerosas muestras de dinero español de todos los periodos, circulaban

incluso monedas moras y hasta romanas antiguas, aceptadas como maravedís en el mercado de Sevilla.

Monedas de plata. Son, generalmente, de cinco clases y se dividen de manera muy práctica, según su valor:

El real	1	2	4	10	20
Dos reales		1	2	5	10
Peseta			1	2 ^{1/2}	5
Medio duro				1	2
Duro					1

El real vale un poco más de dos peniques y un cuarto; los dos reales algo más de cinco peniques, y pueden considerarse como el equivalente al medio franco, representando en España a los seis peniques de Inglaterra. La peseta se aproxima mucho al franco francés. De todas estas monedas y de la de dos reales, el viajero debiera llevar siempre encima buena provisión, porque como decía el escocés de la de seis peniques, “son moneditas muy socorridas y a veces hacen de chelines”. El viajero encontrará sin duda que los dos reales, la peseta, el medio dólar y el dólar son las monedas más prácticas de todo el monedaje de plata español.

El dólar español es bien conocido en el mundo entero, por ser la forma en que se exportaba en general la plata de las colonias españolas de Sudamérica. Es el *colonato* italiano, llamado así por tener las armas de España flanqueadas por las dos columnas de Hércules. El nombre español normal de esta moneda es “duro”. Sin embargo, con frecuencia, en las transacciones bancarias y mercantiles recibe el nombre de “peso fuerte”, a fin de distinguirlo del peso imaginario, que es un dólar inferior de solo quince reales, cuyo diminutivo es la “peseta”.

En el siglo pasado el duro se acuñaba en medios dólares, cuartos de dólar y medios cuartos de dólar. Estas dos últimas monedas no se encuentran con frecuencia; se pueden distinguir de la peseta y de los dos reales en que tienen las armas de España flanqueadas por dos columnas, que han sido omitidas en acuñaciones más recientes; su valor fraccionario las hace poco

prácticas para el viajero que no se haya familiarizado todavía perfectamente con el dinero español. El cuarto de dólar es, por supuesto, equivalente a cinco reales, mientras que la peseta no vale más que cuatro; el medio cuarto de dólar vale dos reales y medio, mientras que los dos reales solo valen dos.

Las monedas son de baja calidad: el español se fija en el peso del metal y no en la forma. Fernando VII continuó durante largo tiempo acuñando dinero con la efigie de su padre, cambiando simplemente la inscripción: de la misma manera las primeras monedas de Trajano ostentan la cabeza de Nerón, y nuestro Enrique VIII dio ejemplo a Fernando VII. Cuando las Cortes entraron en Madrid después de Salamanca, prohibieron patrióticamente la circulación de todas las monedas que llevaran la efigie del intruso José; pero, a pesar de esto, sus dólares, que estaban hechos principalmente con plata de iglesia, dorada y sin dorar, aunque eran moneda de usurpador, valían intrínsecamente más que el duro legítimo: esta resultó una prueba demasiado dura para la lealtad de aquellos cuyo verdadero rey y dios es el metálico. Este decreto era digno de aquellos senadores que estaban demasiado ocupados expulsando palabras francesas de sus diccionarios para expulsar soldados franceses de su país. Los chinos, más prudentes, aceptan por igual los dólares de Fernando y José, llamando a ambos “dinero de cabeza del diablo”. Estos tristes prejuicios contra el buen dinero han cedido ahora ante la marcha triunfante de la inteligencia; más aún, la moneda de cinco francos, con la inteligente cabeza de Luis Felipe, tiene probabilidades de vencer al columnado duro. La plata de las minas de Murcia se exporta a Francia, donde es acuñada y devuelta a su lugar de origen en forma manufacturada. De esta manera, Francia gana un bonito porcentaje y acostumbra al pueblo a su imagen de poder, que llega a este recomendada por la forma sumamente aceptable de moneda corriente.

El monedaje de oro es magnífico y digno del país y del periodo en que abasteció a Europa de este precioso metal. La pieza más grande, la onza, que suele valer más de tres libras y seis peniques, deja avergonzados a los diminutos napoleones de Francia y a los soberanos de Inglaterra; esta moneda cuenta la historia de la antigua riqueza española y contrasta extrañamente con su actual pobreza y escasez de efectivo.

El monedaje de oro es sencillo: